

El Matos Paoli que yo conocí

Tres notas mínimas y querenciosas para conmemorar el centenario de su natalicio 1915-2015

Javier Ciordia Muguerra
Profesor Retirado
Universidade Puerto Rico en Ponce

Resumen

Después de declarar su devoción por la persona del poeta, el autor aclara que estas cuartillas no son sino un humilde tanteo o aproximación al personaje y su obra. Relata cómo lo conoció y cómo llegó a ocuparse más detalladamente de su obra. Luego subraya algunos de los aspectos que merecen particular estudio en su obra: querencias léxicas, puertorriqueñismo... pero también, Matos Paoli puede como pocos volar libremente, independiente de reglas lógicas y detalles críticos para elevarse a un mundo alado de sugerencias, dando ocasión al lector de compartir con él emociones y sentimientos. Habitante de un intramundo, ajeno al tiempo y al espacio ordinarios, se escapa con el lector, poeta desasido, hacia el trasmundo. Pocos como Matos Paoli han sabido convertir los contactos con los otros en auténticos encuentros. Y habiendo profundizado en la dimensión política y sufrido de la misma, supo ser un hombre abierto más a la “entereza” que al partidismo.

Palabras clave: Capacidad de metamorfosis, intramundo, trasmundo, puertorriqueñidad, civismo

Abstract

After stating his strong admiration for the poet's human qualities, the author states that these short remarks are only a humble sizing up, or an approximation to appraisal, as every exercise in poetic criticism should be. The author tells of his getting acquainted with the poet and then involved in studying his poetry. He then points out what angles of his work should be particularly researched: preferred wording, Puerto Rican sensitivity, but also the way Matos Paoli can soar poetically with an amazing freedom even of all sorts of logical straightjackets, dispensing emotions and tender sentiments. As a dweller of an inner world, he can abandon time and space ordinary dimensions to float with his followers towards otherworldly regions. Few people like Matos could make out of every human contact a significant encounter. He also went deeply into the political realm, experienced injustice, infirmity and distress but managed to vanquish over partisanship.

Key words: Ability to metamorphose ideas into alluring visions, inner world, otherworldliness, Puerto Rican sensitivity and pride.

Empezaré esta entrañable
empresa de acceso a la persona y a la
personalidad del egregio lirida¹
confiando a mis lectores que a mi juicio,

la hombría de bien, la dignidad, la
ternura y la sabiduría eran en él tan
exquisitas como su capacidad poética, de
la que quiero ocuparme aquí

principalmente. Y para aclarar la regla que voy a seguir qss al hilvanar estas sencillas expresiones, me regiré por las que él mismo observaba, que puedo dar a conocer copiando las dos primeras líneas del prólogo que él escribió para *El eco del silencio* (1994), poemario de Ulises Padilla. Don Francisco decía entonces: “La crítica funciona como aproximación, no como develación”.

Y yo, su lector, declaro ahora, en 2015, que su opinión me parece correcta. A renglón seguido, creo apropiado anotar que, mientras la obra de Matos Paoli no caiga en las manos de un investigador querencioso y agudo, léase responsable y solvente, todo lo que se diga sobre ella será un simple tanteo, una divagación, una errancia intelectual, más o menos correcta y acertada. Ello será así por más que se apuntale sobre un batallón de notas al pie de página. Porque, ¿qué se puede decir de un texto que, consecutivamente metamorfosea la realidad y que, por lo mismo, la soslaya y, acaso, la evade? ¿Puede saber o imaginarse el lector qué es lo que dice el poeta sobre la bahía de San Juan, cuando escribe al respecto:

“...¡Y era un tacto centrípeto de perlas!
Era el rumor del tornasol extático.
Innumerables danzas de sirenas
dirigían la espuma a su destino”²

Sí, el lector puede imaginarse algo; pero repito convencido: más que nadie Matos Paoli necesita ese investigador querencioso y agudo; lo que se diga o digamos sobre su obra los que no somos tan perspicaces, será una errancia más o menos válida y aceptable, es decir, una divagación, un tanteo...Y ahí va el mío.

Tuve el privilegio de tratar al poeta, así como a su dilectísima esposa, doña Isabelita Freire, — tan complementaria de su vivir y de su hacer — durante muchos años. Los traté desde mediados de la década de 1970, hasta el respectivo tránsito de ambos al trasmundo, en el año 2000. Una década antes de que se fueran, o sea, a principios de la década de 1990, publiqué un libro sobre el magno lirida, al par que inconmensurable conocedor de las literaturas hispánicas y de la francesa. Titulé dicho texto así: *Entre el delirio y el orden: Preámbulo a Matos Paoli*. Los términos “delirio” y “orden” no van, en apariencia, muy de acuerdo entre sí, pero en don Paco sí lo iban. El caso es que entre él y yo se produjo cierta empatía, la cual se fue incrementando progresivamente, hasta fraguar, por lo que a mí respecta, en diversos acosos a su obra, que es, sin duda, la de un genuino líder de la palabra; y por lo que a él se refiere, en una benevolencia tierna y tolerante. Quizá la afirmación de “líder de la palabra” resulte hiperbólica al lector de estas notas; pero sé lo que digo. Y cabría estudiar, entre otros temas, su vocabulario, la cuantía y la variedad del mismo, sus querencias léxicas, sus puertorriqueñismos... Eso sí: habría que tener presente que ni la semántica ni la lógica del poeta coinciden en todo momento con la del crítico o la del ensayista. Este se mueve, de ordinario, entre ideas y barruntos más o menos lógicos, en tanto que el lirida se remonta, no pocas veces, hasta los espacios a los que no tiene acceso la lógica.

Y es que la poesía se nutre, más que de ideas, de emociones y de sentimientos, es decir, de efluvios intra-anímicos y de vivencias, que no siempre

se pueden conceptualizar o digerir lógicamente. Así es, en efecto. Por eso, en no pocos casos, la palabra *poética* no “dice”, no “declara”, sino que, más bien, sugiere. O sea, que, al par que revela, vela el *qué* exacto de su decir, lo diluye, lo tornasola, lo hace translúcido y, como consecuencia, deviene un tanto inasible.

Algo así me resulta el hacer poético de Matos Paoli. Ello se debe —creo— a que, en buena medida, vive desasido del tiempo y del espacio, que son los asideros y los enclaves inmediatos de la existencia humana. Hasta cierto punto, don Paco era, como reza el título de uno de sus poemarios, un Habitante del eco. O, si se prefiere, del intramundo, más que de la realidad exógena del hacer y del vivir cotidianos. Pretendiéndolo o no, el visionario que late dentro de él se fuga una vez y otra hacia el trasmundo y se atrinchera en sus palabras tornasoladas por la luz de sus ojos interiores. No le faltan, ciertamente, raíces telúricas; es decir, no carece del sentido de la inmanencia; pero, al igual que el árbol y como aquel “enhiesto surtidor de sombra y sueño”, que es como Gerardo Diego metamorfoseó al famoso ciprés del monasterio de Silos, su meta es la altura; o sea, deriva hacia el trasmundo y, en esa tensión ascensional, como que se evapora y se diluye su terrenalidad. No le faltan raíces, digo; pero lo suyo se cifra en arraigar, más que en el “humus” terrestre, allá arriba, en lo alto, por encima del vaivén anodino de la calle. Lo suyo es subir, remontarse, autotranscenderse. Y sube, sí; y se remonta; y como que se fuga; y como que se oculta en el eco de su propia voz; y como que se diluye en ella. Y así resulta ser lo que he insinuado ya: un poeta desasido, un mago de la palabra,

un duende cuasi-etéreo que juega al escondite con el lector, al que convierte, poema tras poema, en una especie de detective del *qué* profundo de su decir. En otros términos: Matos Paoli es un poeta que propicia la polisemia; lo cual equivale a decir que aboga por la coautoría o cooperativismo mental del lector.

Desde otro punto de vista, —el cívico-social—, Matos Paoli fue en todo momento un ser profundamente humano; un ser próximo, de ordinario, a sus contertulios. Dudo que haya habido alguien, en esta “encantada” isla, que recibiera tantas visitas como él. Ni los gobernantes, quizá, con todo el traqueteo que el oficio y el maleficio de gobernar implican. Su domicilio ríopedrense, ubicado en la calle Esteban González, próxima a la Universidad de Puerto Rico, se hallaba un día y otro ocupado por visitantes. Estos eran, de ordinario, puertorriqueños; pero los había también de otras latitudes caribeñas; e incluso, venidos de más lejos, como de España, de Francia, de los Estados Unidos...

Posiblemente, ni los gobernantes de turno recibían tantas visitas. Y es que don Paco fungía, culturalmente, como un imán. A veces, doña Isabelita, su esposa, tomaba diligente notas de tales visitas y de tales encuentros. Subrayo esta última palabra. Porque eran eso: encuentros. Los que lo visitábamos lo hacíamos por eso: para encontrarnos con el poeta. Pero, tanto o más que con el lirida como tal, con el ser cívico-social, magnánimo y superculto, al par que polémico y discrepante en ocasiones, de otros modos de entender la vida y la puertorriqueñidad. Sobre todo, esto último. La puertorriqueñidad era lo que lo entusiasmaba y lo que, simultáneamente, le dolía. La puertorriqueñidad era su bandera y su cruz. Porque él no era sólo

puertorriqueño; era puertorriqueñista hacia todas las latitudes del ser y el existir isleños. Lo visité muchas veces. ¡Y qué gratos y estimulantes me resultaban los encuentros con él, al par que con su amantísima esposa, la insigne pedagoga puertorriqueña! Mi relación con ellos se fraguó, sobre todo, a raíz de que me nombraran director del Departamento de Español de la Universidad de Puerto Rico en Ponce, entre 1979-1986. Fue desde esta posición que, con el aval de los profesores del mismo, lo invité, en 1979, a que viniera a enaltecer con su presencia y a festejar con su palabra, el “Día de la Lengua”. Debo decir que él aceptó gustoso la invitación y añadió, al respecto, dos cosas:

Una, solo curiosa, que, en la primera visita, ese viaje desde Río Piedras a Ponce lo hizo en automóvil y que vino durante todo el trayecto de espaldas a la dirección. Es decir, mirando hacia el norte.

Algo más importante es la segunda cosa. Doña Ruth Fortuño, que era, por entonces la rectora del Colegio, al que regentó magistralmente, tenía algunos reparos respecto a la visita, ya que, tanto ella como la alta dirección de la Universidad de Puerto Rico militaban, en aquel momento, de cara al Norte, es decir, pertenecían al Partido Nuevo Progresista; en tanto que el poeta era un reconocido militante del Partido Nacionalista Puertorriqueño. Una militancia que le había costado ya la cárcel durante la incumbencia gubernamental de don Luis Muñoz Marín. Pero aquellos reparos de Doña Ruth, que en gloria esté, más que hacia la persona del poeta, eran hacia el independentismo acaso, y se desmoronaron aquel mismo día. Fue también cuando ella me dijo algunas cosas —respecto a la política— que dejo, para siempre, en el tintero de mi corazón.

Porque, a decir verdad, no hay ningún “partido” político perfecto. Lo insinúa la misma palabra. De un modo u otro, todos los partidos “parten”. Además, bajo todos los ideales, y más, acaso, bajo los

políticos, se cobijan, a veces, ideas, prejuicios y sentimientos que son como termitas que trituran, poco a poco, la convivencia, sin que se den cuenta sus militantes. Dichas alimañas se llaman rivalidades, desavenencias, celos, desinformaciones, complejos de superioridad o de inferioridad, instintos egolátricos... Pero también, a veces, tales peripecias nos ayudan a madurar, a convencernos de que nadie tiene el monopolio de la verdad; o, como decía José Ortega y Gasset, no se dan cuenta del “perspectivismo” múltiple; o sea, de la diversidad de sentimientos, de enfoques, de perfiles, de interpretaciones, de preferencias y configuraciones ideológicas del ser y del existir humanos. Sólo “el que es de verdad”, el que se llama “Yahvé”, o sea, “Yo soy el que soy”, es el que ve las cosas desde todos los puntos de vista, y las ve tal como son, es decir, sin errar o equivocarse...

Los demás, ¿qué podemos hacer? —Conformarnos con lo que vemos y tratar de mejorar un poco nuestra vista.

Javier Ciordia Mugerza

Ponce, 2014 revisado en febrero 2015

Notas

¹Hago uso de este neologismo: *lirida*, ignorado aún por el DRAE, alentado más que nada por el hallazgo de que con mucha probabilidad el creador del mismo es el propio poeta de que nos ocupamos. Así lo sugieren los versos de él que otrora cité en mi primer libro sobre él, en los cuales el término aparece varias veces. Queda por ver si existe algún otro autor que lo haya usado antes que él.

²Matos Paoli, Francisco. *Canto a Puerto Rico*. San Juan, P. R.: Casa Baldrich, 1952. Cfr: Melendes, Joserramon. *Primeros Libros Poéticos de Francisco Matos Paoli*. Río Piedras, P. R.: *quAse*, 1982, p. 174.

